

José L. Valdez Medina

La gota de agua

Ciencia Ergo Sum, vol. 9, núm. 3, noviembre, 2002

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10490311>



Ciencia Ergo Sum,

ISSN (Versión impresa): 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



* Facultad de Ciencias de la
Conducta, Universidad Autónoma
del Estado de México.
Teléfono: (722) 272 00 76.
Correo electrónico:
vmjl@coatepec.uaemex.mx

La gota de agua

José Luis Valdez Medina*

A la mujer de los ojos que gritan

Si usted alguna vez se ha sentido desarmada, desarticulada, será capaz de entender mi relato.

Efectivamente, venía de una ruptura sentimental muy dolorosa. Había llegado el verano y con ello las vacaciones, por lo que decidí hacer un viaje sola para intentar desintoxicarme a través de la reflexión. Evitar el dolor y tratar de recuperar la confianza, el valor perdido, desterrar el cansancio, el aburrimiento que tenía incluso de mí, por la recurrencia masoquista en la que me encontraba instalada.

No sé si es problema de género, pero cómo duele el engaño en el que uno vive, cómo duele romper la apariencia, darse cuenta, despertar, la soledad, la falta de amor, de deseo, saberse ignorada, no tocada, no atrevida, no soñada, incapaz de completar el anhelo, por los prejuicios, por el qué dirá, el qué pensará.

Me doy cuenta de que muchas veces lo no hablado se torna en un veneno de lenta pero continua acción que tarde o temprano

nos pasa la factura, que sale tan cara, como la de la mentira.

Sin más, decidí irme de viaje. Ir a la terminal de autobuses más próxima, preguntar por algún destino lejano, comprar el boleto y largarme.

Así lo hice. Sólo dejé una nota en la casa de mi familia, para intentar evitar la desesperación que genera una desaparición intempestiva y en silencio como la mía, sin certidumbre, sin esperanza.

Me fui a Yucatán, sitio mágico, sin plan pero con gusto.

Visité toda la ruta Puc por el camino blanco, hasta que llegué a las grutas de Lol-Tun. Me metí para inspeccionar el sitio, más que para encontrar algo, para tratar de encontrarme a mí misma. Comprobé el sonido de las estalactitas e imaginé enviar a los dioses una petición de paz para mi ser.

El sonido se reproducía con un eco impresionante, parecido seguramente al que llega del más allá, lleno de vibraciones que erizan la piel.



Decidí ir más adentro, sin miedo, pero alerta, pues sentí que algo me llamaba, que me decía: entra, ven.

Había caminado unos metros, cuando encontré una serie más abundante de estalactitas y algunos escurrimientos interesantes. Me senté sobre el suelo frío, mojado por el agua constante de la eternidad, a contemplar el fenómeno natural, pero dispuesta a pensar, a escuchar el agua caer de los picos internos de la tierra.

Comencé a pensar primero en la devastación a que hemos sometido el planeta en aras de la ciencia y del progreso. Después, caí en una reflexión acerca de mi propia existencia y me di cuenta de que lo que es en lo macro, es en lo micro, el goce y la devastación pueden ser igual de intensas.

En esta reflexión estaba, cuando una gota de agua cayó sobre mi cabeza. La sentí fría, refrescante, compacta, grande, dominante, dueña de sí misma.

Con caprichosos movimientos empezó a bajar por mi cabello. La dejé ser y hacer. Sentí cómo acariciaba mi cuero cabelludo, hasta que llegó a mi oreja. Ahí se partió en dos, recorrió su contorno con un roce delicado, suave, erizando mi piel, como un encuentro fugaz con la humedad que hace crecer el deseo.

Un deseo extraño, sin olor, sin sabor a ti. Un encuentro natural, sin prejuicios, sin jueces, sola con mi alma y la gota de agua.

Cuando llegó al final de la oreja, la gota se volvió una nuevamente y siguió su camino hasta mi cuello. La experiencia creció. Un flujo de energía recorrió todo mi cuerpo y la excitación fue mayor. Tenía la impresión de que alguien estaba ahí, dirigiendo



el concierto amoroso, pero no había director, era un recorrido natural, espontáneo que reordenaba las sensaciones.

Así, permití que la gota se fuera a mi pecho y claramente supe y sentí que besaba cada uno de los lunares que encontró en su camino. Erizó todas las puntas de mi geografía, endureciendo mis bordes, al punto de hacer erupción, de estallar, de romper el silencio que me inundaba.

Poco antes de llegar a mi vientre hizo un alto, se detuvo unos instantes en el centro de mi cuerpo, en ese pliegue de vida que nos unió a la madre desde el inicio. Se paró, como dudando en seguir, como agotada, indecisa, como pidiendo permiso para llegar.

Por fin continuó su camino, internándose en la espesura de mi bajo vientre, generando en mí un suspiro mayúsculo, casi un grito de placer, un encuentro con la vida misma, conmigo y sin ti, como una cita con el fantasma, un encuentro con lo natural, con lo que es sin cuestionarse. Sin perder más tiempo, se encontró con la humedad y se internó por la fuente de vida, generando en mí un grito ahogado, seguido de un gemido total que se escapó de la tierra.

Una experiencia de vida, una alegría total que me llenó de fe, de ilusión, de imágenes, de recuerdos, de presentes, de futuros, del tiempo de hoy y nada más. Un reencuentro con el sentir, con el ser y el hacer, con el vivir y el morir, con el todo y con las partes, reunidas en un mismo instante.

Finalmente, no sé si me recuperé o no del dolor primero que me llevó a este sitio, pero volví a sentir, a confiar, a buscar, a encontrar, a aceptar y a creer. Lo único que sé, es que salí del lugar acompañada de la felicidad que hasta hoy me allana el camino, siendo cómplice de mis pasos.

